

bo. Cármen le ha respondido que sí lo quiere; que lo ha querido siempre, y que por eso se halla triste; pero que cree que Pablo la ha de aborrecer ya, porque la ha de considerar como la causa de todos sus padecimientos, y eso, lo indica el no querer venir al pueblo, ni verla para nada. Que ella desearia hablarle, solo para pedirle perdon, si lo ha ofendido, y para quitarle del corazon esa espina, pues no estará contenta mientras él tenga rencor. Esto es lo que pasa, hermano; y ahora vengo á rogar á usted que vaya á ver á Pablo y lo obligue á venir, con el pretexto de la cena de pasado mañana, para que Cármen le hable, y se arregle alguna otra cosa, si es posible, y si el muchacho todavia la quiere; porque yo tengo miedo de que mi sobrina pierda la salud si no es así.

Ya vd. comprenderá, capitán, mi alegría: ni preparado por mí hubiera salido

mejor esto. Aproveché una salida del pueblo para una confesion; corrí á la montaña; ví á Pablo; le insté por que viniera, y me lo ofreció.... extraño mucho que no haya cumplido.

Al decir esto el cura, un pastor atravesó el patio y vino á decir al cura y al alcalde que Pablo estaba descansando en la puerta del patio, porque habiendo estado muy enfermo y habiendo hecho el camino muy poco á poco, se habia cansado mucho.

Un grito de alegría resonó por todas partes: el alcalde y el cura se levantaron para ir al encuentro del jóven; la madre de Cármen se mostró muy inquieta, y ésta se puso á temblar, cubriéndose su rostro de una palidez mortal....

— Vamos, niña, le dije, tranquilícese vd.; debe tener el corazon como una roca ese muchacho si no se muere de amor delante de vd.

Cármen movió la cabeza con desconfianza, y en este instante el alcalde y el cura entraron trayendo del brazo á un jóven alto, moreno, de barba y cabellos negros, que realizaba entonces una gran palidez, y en cuya mirada, llena de tristeza, podia adivinarse la firmeza de un carácter altivo.

Era Pablo.

Venia vestido como los montañeses, y se apoyaba en un baston largo y nudoso.

— ¡Viva Pablo! gritaron los muchachos arrojando al aire sus sombreros; las mujeres lloraban, los hombres vinieron á saludarlo. El alcalde lo condujo á donde se hallaban su hermana y sobrina, diciéndole.

— Ven por acá, picaruelo, aquí te necesitan: si tienes buen corazon nos has de perdonar á todos.

Pablo, al ver á Cármen, pareció vacilar de emocion, y se aumentó su palidez; pero reponiéndose, dijo todo turbado.

— ¡Perdonar, señor! ¿y de qué he de perdonar? ¡Al contrario, yo soy quien tiene que pedir perdon de tanto como he ofendido al pueblo....!

Entonces se levantó Cármen, y trémula y sonrojada, se adelantó hácia el jóven, é inclinando los ojos, le dijo:

— Sí, Pablo, te pedimos perdon; yo te pido perdon por lo de hace tres años.... yo soy la causa de tus padecimientos.... y por eso, bien sabe Dios lo que he llorado. Te ruego que no me guardes rencor.

La jóven no pudo decir mas, y tuvo que sentarse para ocultar su emocion y sus lágrimas.

Pablo se quedó atónito. Evidentemente en su alma pasaba algo extraordinario, porque se volvía de un lado y de otro para

cerciorarse de que no estaba soñando. Pero un instante despues, y oyendo que la madre de Cármen, con las manos juntas en actitud suplicante decia:

— ¡Pablo, perdónala! dejó escapar de sus ojos dos gruesas lágrimas, é hizo un esfuerzo para hablar.

— Pero, señora, respondió; pero, Cármen; ¿quién ha dicho á vds. que yo tenia rencor? ¿Y por qué habia de tenerlo? Era yo vicioso, señor alcalde, y por eso me entregó vd. á la tropa. Bien hecho: de esa manera me corregí y volví á ser hombre de bien. Era yo un ocioso y un perdido, Cármen: tú eres una niña virtuosa y buena, y por eso cuando te hablé de amor me dijiste que no me querias. Muy bien hecho; ¿y qué obligacion tenias tú de quererme? Bastante hacias ya, con no avergonzarte de oír mis palabras. Yo soy quien te pido perdón, por haber sido atrevido contigo, y

por haber estorbado quizas en aquel tiempo que tú quisieras al que te dictaba tu corazón. Cuando yo considero esto, me da mucha pena.

— ¡Oh! no, eso no, Pablo, se apresuró á replicar la jóven; eso no debe afligirte, porque yo no queria á nadie entonces.... ni he querido despues.... añadió avergonzada; y si no, pregúntalo en el pueblo... te lo juro, yo no he querido á nadie.....

— Mas que á usted, amigo Pablo, me atreví yo á decir con resolucion, é impaciente por acercar de una vez aquellos dos corazones enamorados. Vamos, añadí, aquí se necesita un poco del carácter militar para arreglar este asunto. Vd. que lo ha sido, ayúdeme por su lado. Lo sé todo; sé que vd. adora á esta niña, y da vd. en ello prueba de que vale mucho. Ella lo ama á vd. tambien, y si no que lo digan esas lágrimas que derrama, y esos padecimientos

que ha tenido desde que usted se fué á servir á la Patria. Sean vds. felices ¡qué diantre! ya era tiempo, porque los dos se estaban muriendo por no querer confesarlo. Acérquese vd., Pablo, á su amada, y dígame que es vd. el hombre mas feliz de la tierra: aparte vd. esas manos, hermosa Cármen, y deje á este muchacho que lea en esos lindos ojos todo el amor que vd. le tiene; y que el juez y el señor cura se den prisa por concluir este asunto.

Los dos amantes se estrecharon la mano sonriendo de felicidad, y yo recibí una ovacion por mi pequeña arenga, y por mi manera franca de arreglar matrimonios. Los pastores cantaron y tocaron alegrísimas sonatas en sus guitarras, zampoñas y panderos; los muchachos quemaron petardos, y los repiques á vuelo con que en ese dia se anuncia el toque del alba, invitando á los fieles á orar en las primeras

horas del gran dia cristiano, vinieron á mezclarse oportunamente al bullicioso concierto.

Al escuchar entónces el grave tañido de la campana, que sonaba lento y acompasado, indicando la oracion, todos los ruidos cesaron; todos aquellos corazones en que rebosaban la felicidad y la ternura, se elevaron á Dios con un voto unánime de gratitud, por los beneficios que se habia dignado otorgar á aquel pueblo tan inocente como humilde.

Todos oraban en silencio: el cura preferia esto por ser mas conforme con el espíritu de sinceridad que debe caracterizar el verdadero culto, y dejaba que cada cual dirigiese al cielo la plegaria que su fé y sus sentimientos le dictasen, aunque sus lábios no repitiesen ese guirigay, muchas veces incomprendible, que los devocionarios enseñan; como si la oracion, es decir, la su-

blime comunicacion del espíritu humano con el Creador del universo, pudiese sujetarse á fórmulas.

Así pues, todos, ancianos, mancebos, niños y mujeres oraban con el mayor recogimiento. El cura parecia absorto, derramaba lágrimas, y en su semblante, honrado y dulce habia desaparecido toda sombra de melancolía, iluminándose con una dicha inefable. El maestro de escuela habia ido á arrodillarse junto á su mujer é hijos, que lo abrazaban con enternecimiento, recordando su peligro de hacia tres años; el alcalde, como un patriarca bíblico, ponía las manos sobre la cabeza de sus hijos, agrupados en su derredor; el tio Francisco y la tia Juana tambien, en medio de sus hijos, murmuraban llorando, su oracion; Gertrudis abrazaba á su hermosa hija, quien inclinaba la frente como agobiada por la felicidad, y Pablo

sollozaba, quizás por la primera vez, teniendo aun entre sus manos la blanca y delicada de su adorada Cármen, que acababa de abrir para él las puertas del paraíso. Yo mismo olvidaba todas mis penas y me sentia feliz, contemplando aquel cuadro de sencilla virtud y de verdadera y de modesta dicha, que en vano habia buscado en medio de las ciudades opulentas y en una sociedad agitada por terribles pasiones.

Cuando concluyó la oracion del alba, la reunion se disolvió, nos despedimos del digno alcalde y de los futuros esposos, quienes se quedaron con él á concluir la velada, así como otros muchos vecinos; y nos fuimos á descansar, andando apresuradamente, porque á esa hora, como era regular en aquellas alturas, durante el invierno, la nieve comenzaba á caer con fuerza, y sus copos doblegaban ya las ra-



mas de los árboles, cubrian los techos pajizos de las cabañas y alfombraban el suelo por todas partes.

Al día siguiente aun permanecí en el pueblo, que abandoné el 26, no sin estrechar contra mi corazón aquel virtuosísimo cura á quien la fortuna me habia hecho encontrar, y cuya amistad fué para mí de gran valía desde entónces.

Nunca, y usted lo habrá conocido por mi narracion, he podido olvidar « aquella hermosa *Navidad*, pasada en las montañas. »

Todo esto me fué referido la noche de Navidad de 1871 por un personaje, hoy muy conocido en México, y que durante la guerra de Reforma sirvió en las filas liberales : yo no he hecho mas que trasladar al papel sus palabras.

FIN

Handwritten symbols or characters, possibly representing musical notation or a list of items, located in the upper left corner of the left page.

